

El neurasténico *

por

Harrison Ford



25 cénts.

BIBLIOTECA TREBOL

Publicación semanal

Núm. 109

BIBLIOTECA TREBOL

THE NERVOUS WRECK
1926

EL NEURASTENICO

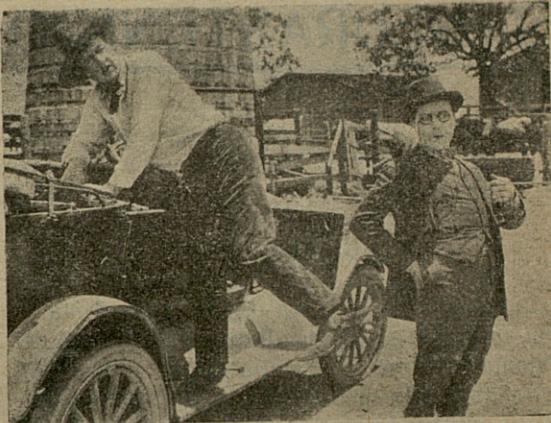
Adaptación literaria de la película del mismo título,
que interpretan

Harrison Ford
y
Phyllis Haver

por
ABILIO PONS

J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
París, 204 - BARCELONA



—Este país es delicioso.—

Pero la neurastenia no es enfermedad que pueden permitirse **todos los mortales**. Hasta para ser un neurasténico se necesita dinero. Dolencia de ricos, la neurastenia, sólo afecta a determinado sector de la humanidad.

De ahí, que...

I

Nos encontramos en Arizona y en el rancho, precisamente, de José Montes, que nada tiene que ver con el otro Montes, el "famoso bandolero".

¿Es Arizona una ciudad, una villa, un pueblo, una aldea? No, no; nada de eso. Arizona es un campo con algunas casas, no sujetas, por fortuna, al arbitrio un poco arbitrario del inquilinato.

Y, naturalmente, en Arizona no ocurre nunca nada; ni un robo, ni un asesinato, ni unos "juegos florales". Los escasos moradores de Arizona, para distraerse, mascan aburridamente. ¡Qué despacio gira el mundo para aquella gente. ¡Qué largos son allí los días y también las noches!

Rosita, la única hija del "ranchero" José —una rubia deliciosa y prodigiosa— ve con dolor que los días se suceden iguales, monótonos, sin una alegría, sin una emoción... ¿Y para eso, para que nadie la dijese: ¡Qué bonita eres! la dotó Dios de aquel rostro tan lindo, a cuyos ojos quisiera ella asomar el alma? ¡Oh, qué deslabazada juventud la suya! ¡Y pensar que había más mundo fuera de Arizona!

Rosita se consumía. Rosita se desesperaba. Rosita... ¿Eh? ¡calle! ¿qué noches de polvo eran aquéllas que avanzaban por el camino? qué ruido era aquél que se iba acentuando por momentos? ¡Paf-paf-paf!... ¡Paf-paf-paf!

Los bueyes y vacas que que pacían en la llanura, se replegaban con cierto temor. Los pájaros abandonaban los prados.

—¡Un automóvil!—gritó palmoteando, Rosita.

¡Por fin llegaba algo nuevo a Arizona! ¡Algo que podía ahuyentar el tedio! ¿Y quién era el visitante? Pues nada menos que un joven, al parecer simpático, apesar de sus gafas de carey...

—¡Caray!—exclamó José Montes, al ver que aquel artefacto se detenía ante la puerta de su “rancho”. ¿Quién será este bicho raro que aquí se presenta sin dar aviso?

El conductor y único ocupante del coche, saludó cortesmente al dueño de la finca aunque elevando en Rosita su mirada, a través de los gruesos cristales que defendíanle los ojos, y objtó una sonrisa que más bien parecía una mueca.

Tascó el freno, dejó el volante, echó pie a tierra e hizo su presentación.

—Soy—dijo—Enrique Giles, servidor de usted...

—Por muchos años—creyó un deber decir el vaquero.

Giles prosiguió:

—Vengo de Chicago.

—¡Caramba! ¿De Chicago?

—De Chicago, sí... Mas ¿no sabe por qué?

—Usted dirá.

—Pues sencillamente, porque mi médico me ha dicho que están contados los días de mi vida...

—¡Ah, vamos! ¡Y viene usted a vivirse entre nosotros?

—Tengo noticias de que en el Oeste son muy espaciosos los cementerios.

—En eso no le han engañado a usted... Muy grandes... y sin casi inquilinos a la perpetuidad... Pero, vaya, hablemos aparte, aquí no lo pasará usted del todo mal. Esto, aunque aburrido, es bastante sano. Por más que yo, francamente, no creo en su enfermedad. ¡Pero si tiene usted un color!

—Las apariencias engañan, señor mío. Yo, aquí donde usted me ve, soy neurasténico.

—¡Hola!

—¡Y artrítico!

—¡Caspita!

—¡Y cardíaco.

—Pues casi no es usted nadie !

—Tres meses de vida.

—¿Ni un día más?

—Eso, si no sobrevienen complicaciones.

—Por si acaso pues, vamos a tomar algo.

—No le parece? Puesto que ha de morir joven —porque usted es muy joven todavía... ¿no?

—Veintidós años, cinco meses y trece días.

—Una criatura... ¿Y soltero?

—Y solo en la vida.

—Entonces, de morir, que sea de un hartazgo.

—Pero vamos a comer?

—Claro hombre.



En un periquete lo quiero disponer todo para el viaje

— Así tomaré antes unas píldoras.
— No trague porquerías, créame.
— Son del Dr. Flato... abren el apetito...
Mientras dialogaban el viajero y el dueño del rancho, Rosita se acicalaba lo mejor que podía ante el espejo.

— Coqueta?... No. Pero ¿qué mujer, antes de presentarse delante de un desconocido, no se arregla un poco?

Penetraron en la casa los dos hombres, dirigiéndose al comedor al tiempo que aparecía muy acicalada y perispuesta, la hija del ranchero.

— Tengo el gusto—dijo Montes de presentarle a usted a mi hija Rosita.

— Muy linda, por cierto.

— Y sana, muy sana. Como yo. Aquí todos gozamos de buena salud.

— ¡Qué dicha! Yo, en cambio...

— Usted no tiene nada, hombre.

— ¿Cómo que no?

— Aprenseiones.

— Le digo a usted que estoy neurasténico...

— Ya me lo dirá después de comer. Ahora a la mesa, que humea el yantar.

Obedeció Giles, sentándose frente a Rosita. Sacó el frasco de píldoras; inguritó algunas, y comenzó a deglutar con veracidad.

— Este, lo que tiene—dijo por lo bajo Montero—es un hambre que no vé ¡Vaya con el enfermo!

Giles comió como un Heliogábal, y, cuando hubo dado fin a todos los manjares, se aventuró a proponer:

— ¿Por qué no me aceptan ustedes como huésped?

— (¿No dije? Todo hambre).

— Puesto que no ha de ser por mucho tiempo...

— Mucho, sí... pero tengo los días contados.

— El señor ha de morirse muy pronto—explicó Montes.

— ¿De veras? ¡Qué lástima!

—Soy una víctima de la neurastenia, de la cardiasis, del artritismo.

—(Este nos enterrará a todos dijo para sí el dueño del rancho.)

II

Terminada la comida, hizo su aparición en el "rancho" el Sheriff, Manuel Pozo.

Manuel Pozo era un hombre, de cortos alcances y de modales burdos.

Al ver al pollo de las gafas, no disimuló su disgusto. Pozo le tomó enseguida por un rival, pues de saber sabía él que si Rosita le *hacia cara*, era a falta de cosa mejor.

A las mujeres del campo les gustan mucho los hombres de la ciudad, aunque sean neurasténicos y Pozo miró de manera hostil a Giles, considerándole hombre peligroso.

—¿Quién es este pájaro?—preguntó a Montes en tono agrio.

—Un depósito de píldoras, amigo. Se las toma a docenas.

—Lo que debe tomar es el montante. No me gusta esa pinta en esta casa y menos, cuando tan cerca está la fecha de mi boda con la hija de usted.

—Pero, ¿vas a tomar en serio a un hombre que cree en la virtud de las píldoras?

—Es que sentiría tener que hacerle tragar las píldoras de plomo de mi revolver.

—No te pongas trágico, Pozo. Cuando le trates, te será simpático. Voy a presentarle. ¿Señor Giles?

Enrique suspendió la charla con Rosita y se acercó a Montes.

—Le presento—dijo éste—al sheriff del distrito, y futuro yerno mío. Un hombre de pelo en pecho.

—Tanto gusto.

—Y el mejor tirador de Arizona. Allí donde pone el ojo pone la bala.

—Lo celebro—balbuceó el neurasténico, añadiendo por lo bajo:

—Este me abreviará la vida. Tiene cara de comerse a las niñas. Lo mejor será alzar cuanto antes el vuelo.

Pero Giles, en vez de tomar las de villa-diego, lo que hizo fué encontrarle cada día más gusto a la vida.

—Este país es delicioso.

—¿Le prueba a usted verdad?

—He pasado ocho días en Arizona, que me han parecido ocho minutos. Pero...

—Como que tiene mejor cara.

—Sin embargo, no hay que cantar victoria. Cuanto mejor cara tiene uno más cerca se halla del fin. Estas enfermedades son muy traidoras.

—¡Bah! Esas enfermedades las cura una buena cocinera como Rosita. Nutrirse es vivir, amigo mío—dijo Montes.



— ¡Estamos perdidos! — dijo, con voz temblorosa la hija del millonario.

— Tal vez sea la cocina la base de la felicidad de un hombre. Pero...

— ¡Qué duda cabe!

— Así, para usted, señor Giles — preguntó Rosita —, lo más esencial es la cocina.

— Para mí, señorita, lo más esencial son las píldoras.

— ¿Y no le gustaría por esposa una mujer que supiese cocinar?

— Yo no tendría nunca esposa. Mas, de decidirme a casarme, lo haría con una mujer bonita, a la que le pondría cocinera.

Rosita suspiró, y poco después se atrevió a interrogar.

— ¿No nos dejará por ahora, señor Giles?

— Ya le dije que el clima me encantaba, y algo que no es el clima también. Pero...

— Pero ¿qué?

— Pues que es un dolor no poder tomar todas las píldoras que necesito. ¡Está tan lejos la farmacia!

— ¿Para qué quiere usted su automóvil? ¡Con lo que corre!

— Regular, regular...

— ¿Y usted no se marea?

— A mí no me marean los coches. Lo que a mí me marea...

Y entornó los ojos el neurálgico, como si fuese a contener una sonrisa.

— ¿Sabe qué podría usted hacer?

— Usted dirá.

— Pues ir a comprar píldoras a la ciudad, y... llevárme a mí.

— ¿De veras?

— Quisiera hacer unas compras.

— Entonces, voy a preparar el coche.

En un periquete lo dispuso todo, Giles, para el viaje.

Pero al inflar un neumático, se le reventó la goma.

Y como no llevaba rueda de repuesto, echó mano de la de un carretón desvencijado.

—¡Ajaja!—dijo—. Aventajaremos en velocidad al viento... ¡En marcha?

Tomó asiento Rosita en el automóvil, se cogió el neurasténico al volante y asomó el absurdo artefacto.

¡Aquellos era correr! ¡Qué delicia de coche! Buen motor, inmejorable suspensión... ¡Quilómetros a él? Bah...

De pronto, parada en seco.

—¿Qué pasa?—preguntó Rosita—. ¿Se acabó la cuerda?

—Lo que se ha acabado es la bencina.

—¿Por qué no prueba a darle unas pildoras?

—Pero si las dejé olvidadas!

—Lo lamentable sería que nos sorprendiera aquí Pozo.

—¿Por qué?

—Porque tiene muy malas pulgas. Sería capaz de arrancarme el pelo.

—¿Cree usted? ¿Sobre llevarla a adquirir su traje de boda?

—¡Mi boda!... ¿Quién le ha dicho que yo he de casarme con Pozo.

—¿No?

—Claro que no... a estas horas ya sabe mi padre que se le ha fugado su hija.

—¿Cómo! ¿Qué dice usted?

—Pues nada, lo que usted ha oido. ¡Po-

cas ganas que tenía yo de salir de Arizona!

—¿Para no volver?

—Así se lo he dejado escrito a mi padre...

¡Cómo se pondrá en pobre cuando lea estas palabras: "Me escapo con el señor Giles..."

—¡Pero eso es una locura!

—¡No diga usted tonterías, hombre!...

—Tan fea soy, que no le intereso?

—Diré a usted; es que yo...

—Es un neurasténico, ya lo sé. Pues por eso mismo... ¿No comprende que la neurastenia sólo una mujer puede curarla? Y esa mujer... soy yo; quiero ser yo...

III

El millonario Moran, hombre glotón, aunque aprensivo, en posesión según él, de la solitaria, viaja en su automóvil por aquellos lugares.

Le acompañan su hija y un pretendiente de ésta, temerosos de que los indios reduzcan al grasiento millonario a filetes para ser devorados uno de sus festines.

—Esta excursión, señor Moran—dice su futuro yerno—, es una temeridad, aunque usted crea lo contrario. Abundan por aquí los malhechores.

—¡Bah! ¡Salteadores a mí! ¿Para qué llevo mi pistola?

—Con todo, debe convenir conmigo en que



—Quiero que atiendan antes a mis amos...

este viaje tiene todos los caracteres de una empresa loca.

—¡Usted si que está loco, por no decir medio muerto de miedo! ¿Qué iban a hacerme los indios, en el supuesto de que nos asaltaran, si es que, realmente, hay indios en este rincón de mundo? Por lo demás, no está tan desierta la comarca. ¿No veo allí otros excursionistas?

—¡Oh, sí! ¡Qué alegría encontrar gente civilizada por aquí!—exclamó la hija de Moran.

—Deber de haber sufrido una *pane*, por-

que el coche está parado y maniobra en él un hombre... Será cosa de ir a prestarles auxilio.

—¡Mucho cuidado, señor Moran! A lo mejor, son indios disfrazados.

—¡Y dale con los indios! ¿Sabe usted qué me está poniendo nervioso y que hasta mi solitaria se irrita? Me ha dado usted la mañana, amigo mío. Ahora, en dos días, no tendré reposo.

—¡Y eso que usted es valiente...!

—Con mi pistola en el bolsillo...

—¿Cómo ésta?—dijo mostrándola.

—Cuidado, ¿eh? con las armas de fuego no hay que jugar...

—¿A dónde vas, papá?

Se apeó del coche el millonario.

—A prestar ayuda a esos viajeros y, de paso, a ver si tienen bencina de sobra.

Así lo hizo. Es decir, bencina si que pidió pero ninguna ayuda pudo prestar a Giles y su compañera.

—Y cómo, si el coche en qué viajaban era un cachivache bueno únicamente para ser vendido por hierro viejo! ¡Ni aun por hierro! Cuando más, por hojalata abollada.

—Sí que son ustedes temerarios!—manifestó Moran.

—¿Por qué dice usted eso, señor?

—Y se atreve a preguntarlo? ¡Pero si via-

jando en ese trasto se exponen ustedes a des-
cirmarse!

—¿Qué tiene usted que decir del coche?

—Coche? Pues... que a cualquier cosa llaman chocolate las patronas.

—Faltar, no ¿eh, caballero? Porque bueno será que sepa usted que está hablando con un neurasténico.

—¡Qué bromista que es usted!

—¡No me engarbate los nervios, por favor! Le digo muy en serio que estoy enfermo del pulmón... y del hígado... y del estómago... Y, sobre todo, de la cabeza.

—Entonces... como yo; lo mismo que yo.

—¿También usted sufre?

—Horriblemente.

—Lo celebró.

—Muchas gracias...

—A mí me está usted haciendo muy poca.

—¿Y si le replicase que menos me hace usted a mí? Conque ya está usted echando a un lado ese "magnífico 30 H P" que intercepta el paso, o de lo contrario...

—Poco a poco, señor desconocido...

—Soy el millonario Moran.

—Pues ¡manos arriba, grandísimo... millonario! a un valiente otro mayor. Aquí nadie corta el bacalao más que yo.

Y Giles apuntó a su adversario con una llave inglesa que tenía todo el aspecto de una terrible arma de fuego.

—¡Favor! ¡Socorro!—gritó despavorido, el opulento Moran, teniendo efecto, en aquel momento, la escena más cómica que pudieran presenciar mortales.

—Estamos perdidos—dijo con voz temblorosa la hija del millonario—. El bandido amenaza con un revólver....

—¿Has dicho revólver?—exclamó, con espanto, el aspirante a yerno de Moran—. Entonces ha llegado el instante de ponerse bien con Dios. Los bandoleros nos harán papilla.

—¿Tiemblas?

—¡De coraje! ¡Ah!, si no me hubieran pillado desprevenido...

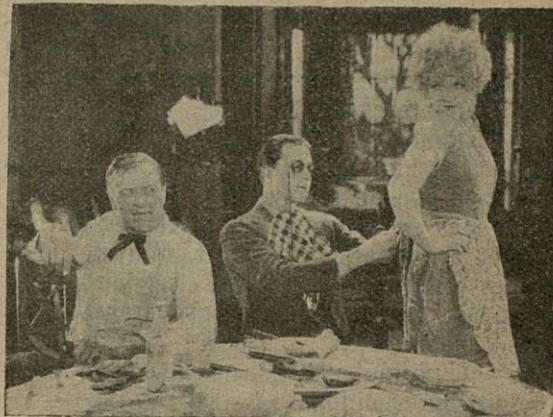
—Hay que salvar a papá.

—Sí, bien; pero, y a nosotros, ¿quién nos salva?...

En tanto, Rosita, previsora, valiéndose de un tubo de goma, dejó completamente vacío el depósito de gasolina del coche de Moran, apresurándose a proveer de ella al coche de su casi amado neurasténico, el cual tenía a raya a los excursionistas, que temblaban como azogados.

Pero semejante situación no podía prolongarse. Si llegaban a descubrir Moran y los suyos que aquel cañón con que se les amenazaba no podía esputar plomo, aunque hiciera Dios un milagro, la neurastenia de Giles tendría rápido y desastroso fin.

—Amigo mío—expuso en tono cordial el



— Para algo acepta una ser reina del Japón.

millonario—, puesto que los dos somos neurasténicos, ¿no le parece que debíamos llegar a un arreglo, pero sin violencias?

— Usted se ha permitido insultarme.

— Perdone; ha sido usted el que...

— ¡Silencio! — gruñó Giles, adoptando un aire feroz, de perdonavidas, de desalmado—. Al primero que se atreva a desplegar los labios o a dar un paso, le cribo. ¡Palabra!

Y, retrocediendo, sin dejar de apuntar, hasta el coche cuyo motor funcionaba merced al ardid de que se valió Rosita, saltó al volante y puso en marcha el vehículo.

— Ahora — dijo al arrancar — para que us-

tedes se convenzan de que, a pesar de ser neurasténico, soy también persona bien educada y liberal... ahí va, como regalo, esta llave inglesa.

Y la arrojó a los pies de Moral, poniéndose inmediatamente en fuga, con Rosita, desde luego.

— ¡Ah, canalla! — barbotó el utópico yerno del millonario, sintiéndose súbitamente valiente—. ¡Como yo te coja...!

— No sea usted fantoche, Guillermo.

— Si usted no me hubiera contenido, a fe que no se hubiese mofado de nosotros ese rufián.

— Le tenía a usted por tonto, pero no tanto.

IV

Después de una carrera desenfrenada a campo traviesa, lograron llegar, por milagro, completamente ilesos, Rosita y Giles a una casa de campo.

Los dos tenían muy abierto, de par en par, el apetito.

— ¿Cree usted, señor Giles, que aquí podremos comer? — preguntó Rosita.

— ¡Comeremos, no lo dude usted! — aseveró Enrique—. Si no por las buenas, por las malas...

¡No sospechaba el neurasténico con quien iba a vérselas allí!

Penetró con aire resuelto en la quinta.

—A ver, mesonero...—dijo en tono autoritario y ahuecando la voz—, que se nos sirva medio cabrito asado inmediatamente.

—Conque... ¿cabrito, eh?... — pronunció con sorna un hombretón que se presentó con un libro en la mano—. Mejor será que antes se den ustedes a conocer.

—¿Y usted no?

—Yo soy Andrés, el mayordomo de esta casa.

—¡Caramba! ¡Nada menos que mayordomo!... Enhorabuena... Yo me llamo Enrique... Enrique.

—¿Ford?

—Eso es, sí; Enrique Ford, y la señora... pues... Luisa de... Ford, naturalmente.

—¿Y como demonios se les ocurrió venir aquí, precisamente en estos momentos?...

—Ha ocurrido alguna desgracia.

—No, por fortuna; todo lo contrario.

—¿Pues?

—Están para llegar los señores... los dueños de esta finca.

—¡Hombre!, lo celebro. Así nos tratarán bien, ¿no?

—Ni bien ni mal. Aquí no se admiten huéspedes. En todo caso, gente dispuesta a servir... pero no de estorbo.

—Le advierto que, aunque nos permitímos el lujo de viajar por puro placer, nos allana-

mos a todo. ¿Qué hay que hacer para que nuestras mandíbulas puedan ser puestas en movimiento?

—¿Sabe la señora cocinar?...

—¡Oh! La duda ofende. Es una excelente cocinera la señora.

—¡Magnífico! Aquí tenemos “El práctico”, un libro de arte culinario que es una maravilla, y con su auxilio podrá merecer plácemes de los señores.

—¿Son de gusto delicado?

—Mucho, mucho... El amo, sobre todo. En cambio, la señorita...

—(Esto se complica—murmuró Giles.)

Y deslizó en el oído de Rosita:

—Lo mejor será que zampemos algo nutritivo y pongamos inmediatamente pies en polvorosa... Eso, si no me sorprende antes la muerte, porque sospecho que padezco una nueva enfermedad.

—No se preocupe, que yo se las curaré todas.

—¡Qué optimista es usted!

—A usted lo que le hace falta es...

—¿Una caja de píldoras?

—¡Qué píldoras ni qué niño muerto!... Alegría, mucha alegría... Y esa se la voy a dar yo...; es decir, si no nos echan la zarpa mi padre y Poro el sheriff.

—No me hable de cosas tristes que se me agudizan las dolencias... Pero ¡calle!—excla-



...y que volcase la sopera encima del millonario

mó de pronto. — ¿Y el coche?... ¿Dónde está nuestro coche?... A ver, señor mayordomo... ¿Qué ha hecho usted de mi magnífico automóvil?

— ¡Qué manía tiene usted de cambiar el nombre de las cosas!... ¡Mira que llamar automóvil a ese molinillo de café!...

— Bien, bien, pero ¿dónde está?

— Lo guardo bajo llave para que no eche a correr... Por más que le falta una rueda.

— ¡Falso! Mi coche está completo.

— Me lo va usted a decir a mí, si soy yo quien le ha quitado esa rueda.

— ¿Y por qué?

— Pues para que no se les ocurra escapar. Quiero que atiendan antes a mis amos.

Consultaron Giles y Rosita.

— ¿Qué hacemos?

— No tenemos más remedio que quedarnos.

— Pero, al menos, que nos den de comer.

— No se apure. Si no nos lo dan nos lo tomaremos. Para algo acepta una ser reina del fogón.

Precedidos del mayordomo penetraron en la cocina, quedando deslumbrados. ¡Qué profusión de viandas! ¡Cuánto comestible tentador!

— A la vista de todo esto—dijo Giles—se olvida uno hasta de la neurastenia...

Se oyó en aquel momento el claxon de un automóvil.

— ¡Los amos!— exclamó Andrés—. Ya están aquí los señores.

Salieron todos a recibirlos y Enrique se quedó patidifuso. Los recién llegados no eran otros que Morán, su hijay el futuro esposo de ésta.

— ¡Abrete, tierra y trágame! — guturó el neurasteníco—. ¡La fin del mundo es llegada!

Y hundió su mano derecha en el bolsillo de la americana, en busca de alguna píldora antipasmódica.

— ¡Qué sorpresa! ¿Ha visto?...—pronunció

con cierta turbación Rosita—. Como nos reconocan, nos volatilizan.

—Es preciso cambiar en el acto de indumentaria.

Así lo hicieron con la rapidez que el caso requería, y una hora después, cuando ya Rosita había condimentado unos guisos de difícil digestión, entró Giles en funciones de camarero.

¡Qué torpeza la suya! Sin duda, su neurastenia se le había agudizado, y por tal efecto, le temblaban las piernas y los brazos.

Unicamente así se explica que redujese a polvo varios platos, que rompiese siete copas y que volcarse la sopería encima del millonario.

—¡Torpe camarero éste!—gruñó Morán—. ¿Es que no ves, condenado?

Giles, por más que quería esmerarse, no lo conseguía. Tropezaba con todo; le faltaba serenidad. Se irritaba consigo mismo.

Pero su indignación y, por tanto, su aturridamiento, subieron de punto cuando oyó a la familia del millonario, referir los actos de heroicidad llevados a cabo en el momento de ser asaltados en pleno desierto, por unos bandoleros.

—Yo maté a uno de aquellos truhanes—aseguró jactancioso Guillermo.

—¿Pues y yo?—dijo Morán—. De la pa-



—Pero es que yo-declaró Rosita-nada le he prometido a usted.

liza que propiné a aquel gigante, a estas horas aun no habrá recobrado el sentido.

—Yo creo—apuntó la hija del ventripotente acaudalado—que debíamos poner el hecho en conocimiento del sheriff.

—Tarde se te ocurren a ti las cosas, hija.

—¿Acaso ya le has llamado?...

—¡Naturalmente! Así que llegamos le avisé por teléfono. Debe estar ya para llegar.

Giles masculló:

—¡Dios nos coja confesados!

E inmediatamente comunicó la infiusta nueva a Rosita.

—Es preciso librarnos de las garras de Poro—dijo la Montes.
—Sí, bien; pero ¿cómo?
—Como sea.
—El auto está bajo llave.
—Pues con romper la puerta asunto concluido.
—¿Se olvida usted de que un neurasténico no tiene fuerza?
—Lo que no tiene usted es...
—¡Por Dios, Rosita; no me acibare más la existencia!
—¡Tonto!... ¡Pero si soy yo la única persona que puede endulzárse la...
—Verdad, verdad...
—Y se la endulzaré; no lo ponga en duda...

V

La llegada del sheriff, puso a Giles los pelos de punta.

—¡Aquí va a arder Troya!—se dijo.
Pero su asombro y también su espanto llegaron al paroxismo cuando vió llegar, con el sheriff Poro, al auténtico padre de Rosita.
—Este hombre me abre en canal—pensó el neurasténico—. Y con razón, no lo discuto, porque ¿acaso no aparezco yo en esta ocasión, como un vil raptor de cándida don-

cella?... ¡Cualquiera va a creer que el cándido soy yo!...

Morán se apresuró, después de dar la bienvenida a sus visitantes, a referir al sheriff el atraco de que habían sido objeto.

—Concrete usted—recomendó Poro—. Dé precisos detalles de sus personas.

—Pues uno de ellos usaba gafas.

—Eso es; lo suponía.

Montes preguntó:

—¿Y no tomaba píldoras?

—En efecto, creo que tomó unas píldoras...

—Diga usted—inquirió el sheriff—; iba en compañía de esos bandidos una joven?

—Sí, sí—afirmó la hija del millonario—. Una joven bien parecida... rubia ella...

—¡En cuanto la coja, la mato!—aseguró el padre de Rosita.

—¡Ah! Pero ¿sabe usted quién es?

—No he de saber, señora? Si este y yo les hemos ido pisando los talones... La suerte han tenido que me caí del caballo. De no haber sufrido tal accidente, es muy posible que los supuestos bandidos, tuviesen amargo recuerdo de mí.

—¡Duro, duro!—aréngó Morán—. Hasta no dejarles hueso sano.

—¡Qué bruto!—murmuró Giles, a quien no llegaba la camisa al cuerpo.



“un beso largo, muy largo en la mejilla”

Rosita, que había permanecido en la cocina con el oído atento, fué más valerosa.

Sin reparar en nada, sin reflexionar, como es condición de toda mujer, se despojó de su disfraz, e irrumpiendo en el comedor, precipitó el desenlace.

—¡Ea!—manifestó—. ¡Basta de comedias!

—¿Cómo! ¡Tú aquí!—exclamó, crispando los puños, Juan Montes.

—Yo, sí, señor. Su hija, que no se escapó con ningún bandido.

—¿Te atreves a defender a aquel tunante?...

—El señor Giles es todo un caballero...

—(¡Gracias, gracias!—murmuró, fortalecido, Enrique.)

—Pero si está loco!...

—Quizás...; mas, por mí...—aunque no se haya atrevido a decírmelo.

—¡Valiente pillastrón está hecho el tal Giles. Por más que ¿qué se puede esperar de un neurasténico perdido?...

Enrique, adelantándose, hasta colocarse en el centro del comedor, objetó:

—Perdón, señor Montes, y usted también, señor Morán. En este momento ya no soy el neurasténico de otros días, el neurasténico que tuvo la fortuna de llegar a Arizona, porque allí, gracias a la belleza y a la bondad de una criatura verdaderamente deliciosa, desaparecieron para siempre mis fantásticas dolencias.

—Pero ¿de veras que quiere usted a mi hija?

—La idolatra. ¿A qué negarlo? Y, si usted lo consiente, estoy decidido a hacerla mi esposa.

—Hombre, por mí...

Pozo interrumpió:

—¿Se olvida usted, señor Montes, de que me tiene prometida a su hija?

—Pero es que yo—declaró Rosita—nada le he prometido a usted.

—¿Y al neurasténico sí?

—A Enrique, cuya neurastenia he curado yo, sin prometerle nada, le he dado mi corazón.

—¡Bendita seas!—pronunció Giles.

Minutos después, por los campos de Arizona, corría, veloz, un automóvil, á pesar de la desigualdad de sus ruedas.

En aquel coche volaba hacia la suma dicha una feliz pareja.

—¡Qué lleno de absoluto me encuentro ahora!—rumoreó Enrique al oído de su salvadora.

—¡Y yo qué dichosa soy a tu lado!...

Unieron los dos sus bocas y Rosita añadió:

—Nada hay mejor que el amor, para la neurastenia, ¿verdad, rico mío?...

Giles, dejando el volante abrazó fuertemente a su amada, lanzando a los vientos:

—¡Viva el amor!

Como premio, recibió un beso largo, muy largo, en la mejilla.

FIN

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA